EL CARIBE:
¿CULTURA O MIMETISMO?¹

POR

DEREK WALCOTT

Vivimos en la sombra de una América que es económicamente benigna y políticamente maligna. Esa malevolencia, en razón de su tamaño, amenaza con eclipsar su identidad, pero la sombra es tan inevitable como la de cualquier imperio previo. Fuimos americanos, sin embargo, incluso cuando éramos británicos, así fuera sólo en un sentido geográfico, y ahora que la sombra del Imperio Británico ha pasado a través y sobre nosotros en el Caribe, nos preguntamos si, en el sentido espiritual o cultural, debemos volvernos americanos. Fractuamos el archipiélago en naciones, y en cada nación tratamos de afirmar características de la identidad nacional. Todos sabemos que son, a fin de cuentas, pretextos de poder si tal poder es visto con intereses políticos. En otras palabras, es lo que el político describe como realidad, pero la realidad, sabemos, es absurda. En el caso de mi propia identidad, o mi autenticidad si se prefiere, es un absurdo con el que puedo vivir; pues ser al mismo tiempo americano y nativo de las Indias Occidentales es una ambigüedad sin crisis, porque he descubierto que entre más pertenezco a las Indias Occidentales, más puedo aceptar mi dependencia de América como escritor profesional, no porque América me deba algo desde una perspectiva de culpa histórica, o porque necesite mi presencia, pero sí porque compartimos esta parte del mundo, y la hemos compartido por siglos, incluso como un conquistador y una víctima, como un explotador y quien está siendo objeto de explotación. Todo lo que ha pasado aquí, me ha pasado a mí, nos ha pasado a nosotros. En otras palabras, esa sombra de la que hablaba es menos malévola de lo que parece, y podemos absorberla porque sabemos que América es negra, que buena parte de su trabajo, su discurso, su música y su mismo estilo de vida es generado por lo que hoy hábil y cuidadosamente es distinguido como cultura “negra”, que lo más original de ella se originó en los *ghettos*, en las culturas ribereñas y en las plantaciones. El poder, entonces, por sí mismo es

¹ Nota: Este ensayo fue preparado por Derek Walcott para una presentación en la Asamblea Americana sobre los Estados Unidos y el Caribe en la Universidad de Miami, Abril de 1973. Ensayo publicado originalmente en el *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 16/1 (Febrero, 1974): 3-13.

efímero, inestable. Es el aspecto menos importante de cualquier cultura: quien lidera.

En el Caribe no pretendemos ejercer el poder en el sentido histórico; creo realmente que lo que nuestros políticos definen como poder, la necesidad o la carencia del mismo, debería tener otro nombre; creo que, como en América, lo que colma de energía nuestra sociedad es la fuerza espiritual de una cultura moldeándose a sí misma, y puede hacerlo sin la fórmula de la política.

Hablar de la contribución del hombre negro a la cultura americana o su civilización es absurdo, porque es el negro quien ha colmado de energía esa cultura, quien le da forma, tal cual como es, y es el negro quien ha preservado y energizado la fe. La experiencia más significativa en el pasado reciente de América es esta revolución, y es una revolución que fue diseñada por los poetas e intelectuales de nuestro archipiélago desposeído de poder, por nativos de las Indias Occidentales como Garvey, Césaire, Fanon, Padmore y Stokely, si se quiere; entonces nuestras definiciones de poder deben ir más allá de la política inmediata. Podemos verlo y aún mantener distinciones; de hecho, estos líderes pudieron ver la necesidad de ciertas acciones sólo porque fueron capaces de hacer distensiones. A esto me refiero con ser tanto americano como nativo de las Indias Occidentales. No es esquizofrenia. Recordemos nuestra experiencia con diferentes imperios, experiencias que han sido absorbidas. Para nosotros, de muchas maneras, América es un país joven, y es por ello que la metáfora existe en las mentes de cada revolucionario. Muchos de nosotros en el Caribe todavía mantenemos el ideal del archipiélago, tal y como ustedes se aferran a la metáfora llamada América. Si yo hablo de metáfora entre hombres que son más prácticos en su aproximación a los problemas, es porque no creo que como hombres de las Américas seamos diferentes. Nuestra sociedad puede ser menos compleja, obviamente no tiene poder. Espero, por tanto, de aquí en adelante, ser capaz de explorar la validez de esa sociedad, su realidad misma.

Empecemos: somos pobres y eso nos da un privilegio. El pobre siempre clama una intimidad con Dios, aquella a la que el rico no tiene acceso. En los países emergentes la visión política de los hombres se simplifica porque están reducidos a lo esencial. Como la fe, aún es un problema estadounidense cómo ser rico y aún ser bueno, cómo ser grandioso y compasivo.

Quizás la falta de poder deja al Tercer Mundo, el mundo antiguamente colonial, sin más alternativa que imitar esos sistemas ofrecidos o impuestos en él por los mayores poderes; sus sistemas políticos deben alterar su vida cotidiana, su arte, su lenguaje, su filosofía. Por otra parte, la amargura de la experiencia colonial, su degradación de dependencia y su cinismo de “valores” antiguos, tienta al Tercer Mundo con alternativas espirituales. Estas alternativas serán violentas, el rechazo total a través de la revolución, por ejemplo, o el ingenio, o la conservación, en el sentido de la asimilación abierta de lo que es considerado desde el centro de la metrópolis como lo

más útil. Pero sin importar qué método es aplicado, resulta obvio que la metamorfosis está empezando. Una buena parte de la población de esta tierra no tiene nada que perder después de su historia de esclavitud, colonialismo, hambre, explotación económica, clientelismo y desprecio. Pero la tragedia es que la mayoría de sus políticos están atrapados en el concepto de un mundo propuesto por aquellos que lo gobiernan, y estos políticos ven el progreso como inevitable. Ellos han olvidado la autoridad desesperada del hombre que no tiene nada. En ese sentido Naipaul está en lo correcto al afirmar que su mímica del poder defrauda a su propia gente. Tales políticos insisten en describir el potencial en los mismos términos que aquellos a quienes ellos deberían servir; ellos nos hablan en el salvaje código de los mercados mundiales, y siguen así; usan, en conclusión, los cálculos de la historia contemporánea, y eso les da la ilusión de que nosotros realmente contribuimos al destino de la humanidad, a la política exterior. Nosotros, en consecuencia, nos alineamos a éste bloque o aquél, a ésta forma de vida o aquélla, y es este cansancio, que cae tan rápidamente sobre aquel que no tiene poder, lo que horroriza a Naipaul; pero la verdad es que algo más está sucediendo, que no es la fuerza de lo actual, y cuya superficie puede estar contaminada con las desesperanzas de sistemas rotos y de experimentos fallidos; que el río, inmóvil, puede reflejar, imitar otras imágenes, pero eso no es su profundidad.

No podría serlo. Las degradaciones ya han sido soportadas, ellos la han soportado hasta el punto de la irrelevancia. En la historia del Caribe es irrelevante, no porque no esté siendo creada, o porque fue sórdida, sino porque nunca ha sido importante; importante ha sido la pérdida de historia, la amnesia de las razas. La imaginación se ha vuelto necesaria; imaginación como necesidad, como invención.

La frase “Los hombres imitadores”, que muchos intelectuales angloparlantes de las Indias Occidentales han tomado ávidamente para sí mismos, casi de una forma masoquista, es una invención del novelista indo-occidental Naipul, que la utiliza como título de una de sus novelas. Su epitafio sobre todo el esfuerzo Indo Occidental no ha terminado con la pasión con la que la cultura de las Indias Occidentales continúa reproduciendo su mimetismo, porque la vida, si podemos llamarla así en el archipiélago, continúa desafiante.

Para la mímica, uno necesita un espejo y, si he entendido al señor Naipaul correctamente, nuestra pantomima es conducida frente a una proyección de nosotros mismos, en la cual sus gestos más pequeños están basados en referencias a la metrópolis. Ningún gesto, de acuerdo con esta filosofía, es auténtico, cada oración es una cita, cada movimiento es ambicioso o patético, y en razón de ser una imitación, sin creatividad. La acusación es paralizante, pero como todos los insultos, contiene una asombrosa verdad. Sin embargo, no se trata, para mí, de un insulto de Naipaul solamente para las Indias Occidentales, sino, en una definición más amplia, para toda empresa en esta mitad del mundo, para la empresa americana.

Yo uso la palabra americano sin consideraciones de variedad genética y origen. Una vez que el meridiano de la civilización europea ha sido cruzado, de acuerdo con la teoría, hemos entrado a un espejo donde sólo pueden haber simulaciones de auto-descubrimiento. Las virtudes civilizadas en el otro lado de este espejo son las virtudes del orden social, una jerarquía linealmente clara, una dirección, un propósito, un balance. Con estas cosas se nos enseñó algo de justicia social y el ejercicio de la memoria racial, que es la tradición. De alguna manera, la cuerda se corta por ese meridiano. Y un regreso es también imposible, ya que no podemos volver a ser lo que nunca hemos sido. La verdad de todo esto es, por supuesto, la amnesia de los americanos, particularmente de los africanos. Muchas de nuestras definiciones de la cultura americana son fragmentarias, basadas en el destello de memoria racial que traspasa dicha amnesia. El viejo mundo no importa si es representado por la luz de Europa, o de Asia o de África, es el ritmo a través del cual nosotros recordamos. Lo que hemos traído con nosotros, aparte de unas pocas tradiciones débilmente representadas, es el lenguaje. Cuando el lenguaje mismo está condenado a ser una imitación, entonces la condición es desesperanzadora y los hombres no son más que cuervos, loros, pájaros *miná*, simios.

La idea del americano como simio es alentadora, pues en el acto de imitar de los simios hay algo más antiguo que el primer esfuerzo humano. El absurdo de perseguir la idea antropológica de la imitación, entonces, si debemos creerle a la ciencia, nos conducirá a la imagen del primer simio, aplaudiendo los gestos de lo que debemos llamar el primer hombre. Aquí la contención se derrumba porque no hay una distinción científica posible entre el último simio y el primer hombre, no hay memoria o historia del momento en que el hombre dejó de imitar al simio, su ancestro y se volvió humano. Por tanto, todo es mera repetición. ¿El primer simio miró su reflejo en el espejo de un lago con sorpresa o terror? Podría ser que eso, o él, ¿se identificó a sí mismo?, y ¿qué nombre le dio a esa imagen? Y, ¿fue en ese momento en el que se autodenominó con un gruñido, un sonido producido por terror o por sorpresa, que el simio se convirtió en humano? Y debemos preguntarnos también ¿fue este el comienzo del ego humano y de nuestra historia?

Avancemos unos mil años, prolonguemos el concepto de evolución al uso del espejo y al meridiano de Alexander VI, y al instante de auto-reconocimiento o auto-desprecio, que son lo mismo a fin de cuentas, ¿fue el momento cuando el viejo simio del Viejo Mundo se vio a sí mismo de nuevo y se convirtió en otro, o cuando quedó paralizado ante la certeza de que a partir de ese momento todo lo que él hizo en el Nuevo Mundo, en el otro lado del espejo había sido solamente una parodia del pasado? Por supuesto que no existe dicho momento, así como no hay un momento para la ciencia en el que se haya dado específicamente la transición de simio a hombre.

Colón se arrodilla en la arena de San Salvador. Ese es un momento. Bilbao, o la mirada de Cortés sobre el Pacífico. Ese es otro momento. ¿Qué contemplan? Ellos

contemplan las imágenes de sí mismos contemplando. Ellos se ven en el espejo del mar (esta frase es una imitación de Joseph Conrad), del espejo de la planicie, el desierto, o el cielo. A nosotros, en las Américas, se nos enseña esto como una sucesión de iluminaciones, momentos brillantes que deben cristalizar e irradiar la memoria si hemos de creer en una cadena de tales iluminaciones conocida como historia. Para hacer un salto rápido, probablemente sin la imitación de la lógica aristotélica, porque esas iluminaciones son literarias y no están en la experiencia del hombre americano, esas iluminaciones no tienen valor. No nos podemos concentrar en un solo ancestro, ese momento del paso del simio al hombre, si se prefiere, o su revés, dependiendo de cuál lado del espejo prefiera, cuando el negro supo que había cruzado el meridiano, o cuando lo hizo el indoriente, o el portugués, o el chino o el judío del viejo mundo. No había línea en el mar que dijera, esto es nuevo, esto es la frontera, el límite del esfuerzo, y de aquí en adelante todo es solamente mímica. Pero hubo ese momento para cada individuo americano, y ese momento fue tanto una rendición y un reclamo, ambos posesión y desposesión. La cuestión es el reclamo.

El momento, entonces, en el que un escritor en el Caribe, un hombre americano, pone una palabra —no sólo el primer escritor quien quiera que fuera, según Naipaul, sino cada escritor desde entonces— en ese momento, él es un imitador, un hombre del espejo, él es el simio contemplándose a sí mismo. Esto se supone que es cierto, también para el bailarín, el escultor, el ciudadano, cualquiera en el Caribe que está destinado a la falta de originalidad. Así es, por tanto, el señor Naipaul, cuya maldición se extiende a decir que “nada ha sido creado en las Indias Occidentales y nunca nada se creará”. ¡Precisamente! ¡Precisamente! Nosotros no creamos nada, pero eso es moverse del absurdo antropológico a la basura pseudo-filosófica, es discutir la realidad de la nada, el enigma matemático del cero y el infinito. Nada será creado en las Indias Occidentales, por un buen tiempo, porque lo que salga de allí será como nada visto anteriormente.

La ceremonia que mejor ejemplifica esta actitud hacia la historia es el ritual del carnaval. Es una forma de arte masivo que salió de la nada, que emergió de las sanciones impuestas. La prohibición de los tambores africanos llevó al descubrimiento de la tapa del tarro de la basura como un potencial instrumento musical, cuya sutil gama, transferida al barril de aceite vacío, aumenta anualmente, y el calypso mismo emergió de un sentido de imitación, de un patrón que está formado de la sátira y la auto-sátira. Los elementos imprevistos del calypso, como la improvisación y la invención de la música de las bandas de acero, sustituye sus orígenes tradicionales, es decir, la banda de acero reemplaza el intento de copiar la melodía del xilófono y del tambor, el calypso sustituye sus tradiciones rituales antiguas de canto grupal. Desde el punto de vista de la historia, estas formas se originaron en la imitación, si se quiere, y terminaron en la invención, y esto mismo es cierto para la costumbre del carnaval,

su intrincada, masiva y delicada escultura improvisada sin asombro consciente de la realidad, ya que la simple duplicación de las antiguas esculturas no es suficiente para hacer una verdadera costumbre de carnaval. Aquí hay tres formas originadas desde la masa, que son original y temporalmente tan inimitables como lo que ellas intentaban copiar. Fueron hechas con nada, en sus formas resultantes es difícil señalarlas como mera imitación.

Pero más significativa es la actitud hacia tal prolijidad de voluntad creadora, de la cual se mofan como “la mentalidad de carnaval”. La mentalidad de carnaval en serio, solemnemente, se dedica al concepto del desperdicio, de lo efímero, de la obsolescencia construida, pero ésta no es obsolescencia construida de la manufactura, sino del arte, porque en el carnaval la energía creativa está estrictamente regulada a la época del año en el que ocurre. Las elaboradas esculturas del año anterior son consideradas inmediatamente sin valor a la media noche del martes de carnaval, las canciones del año pasado no pueden ser cantadas este año y por ende la totalidad de la población de artesanos y espectadores toman parte de esta regeneración, es necesario hacer todas estas cosas de nuevo, crear un compendio de música, diseño, canción, poesía popular, que es estrictamente observado como el ritmo de la siembra y la quema de la caña, tanto de la industria como de la religión. La sola energía es abrumadora, y lo mejor de todo, en una etapa, en cualquier momento, la simultaneidad de leyendas históricas, épocas, personajes, sin una secuencia histórica o decoro, es aceptada como concepto.

La mímica es un acto de imaginación, y en algunos animales e insectos es un signo de astucia endémica. Lagartos, camaleones, la mayoría de las mariposas y algunos insectos se adaptan a los matices inmediatos de color e incluso de textura, como defensa y como señuelo. El camuflaje, tanto si se trata de las rayas del tigre que asemejan a cuchillas de hierba o el ojo escondido del leopardo, es imitación, o más que eso, es diseño. Y qué tal si el hombre del Nuevo Mundo necesita de la imitación como diseño, tanto como defensa, como señuelo. A los hombres nos toma tanto tiempo como a otras criaturas en el mundo natural adaptarnos y hacernos a otros hábitos hasta hacerlos propios, tanto si dominamos estos ambientes por migración forzada o por instinto. Eso es genética. La cultura debe moverse más rápido, de manera defensiva. Todo el mundo sabe que hay diferencias entre culturas de las planicies y culturas costeras, o culturas de sitios montañosos y culturas de la selva, y si nosotros vemos eso en el Caribe particularmente, criaturas de estas regiones diferentes, forzadas en un ambiente común, todavía llevan sus colores genéticos, su camuflaje racial o tribal, el resultado, por un largo tiempo, puede ser solamente una variedad desconcertante que debe mover rápidamente sus diferencias al equilibrio, al reconocimiento. La rapidez con la que esto está pasando en el Caribe crea confusión.

Pero aquellos que ven solamente desorden, futilidad y caos deben mirar los patrones que esto produce, y encontrarán en esos patrones tensiones contradictorias

que con frecuencia no se producen como resultado de la adaptación, sino de la supervivencia. Hay quienes no sobrevivieron, no por debilidad sino por un proceso de defoliación imperialista, que produjo una explosión de desobediencia; y este proceso, genocida, es lo que destruyó al hombre originario, destruyó al azteca, al indio americano, y al indio del Caribe. Bien, digamos que lo que éstos tenían no era una cultura, no era una civilización, sino una forma de vida, con sus propios dioses, su lenguaje y sus costumbres domésticas o maritales. El punto es que ellos se quebraron, ellos fueron resilientes por un tiempo, pero finalmente se quebraron. Se han ido. Dejaron algunas pocas ruinas, ya que el ego era tribal, no individualista, pagano si se quiere, no cristiano. Podemos elogiarlos por no imitar, pero incluso la imitación los diezmó, o los ha humillado como al aborigen y al indio americano. ¿Qué se nos ha ofrecido aquí como alternativa, aparte del suicidio? No sé si los simios cometen suicidio –su imitación no es tan avanzada– pero los hombres lo hacen, y por lo que parece, también ciertas culturas.

Este es el proceso por el cual fuimos cristianizados. La imitación de Cristo, la mímica de Dios como hombre. En ese sentido el primer cristiano es no sólo el primer hombre, sino el primer simio, ya que antes de esto todo era un rumor. La imitación de Cristo debe ser llevada también en la vida humana y el intercambio social, somos responsables por nuestros hermanos, pero no somos responsables ante nosotros mismos sino ante Dios, y aunque esto es admirable y verdadero, qué tan verdadero es que la imitación de Dios lleva al perfeccionamiento humano, qué tan necesario es para nosotros imitar el bien supremo, la perfecta aniquilación del presente, pasado y futuro ya que Dios no los necesita, de tal forma que el hombre que ha alcanzado esa mímica espiritual inmediatamente aniquila todo sentido del tiempo. “No pienses en el mañana” es lo mismo que “la historia es una litera”; la primera es de Cristo, la segunda de Henry Ford. Pero Ford es el divino ejemplo del hombre estadounidense materialista. Ford es un inventor, Ford creaba automóviles, Edison creaba luz, y así. Lo que nos rodea como hombres de mímica es la gratitud que reconoce esos logros como creación. Se nos enseña de esta forma las distancias específicas entre la palabra invención y la palabra creación, entre el inventor y el creador. Nosotros no inventamos nada, es decir, ningún objeto. Podemos argumentar que no tenemos los recursos. Pero tampoco Ford, ni Edisón. Pero la electricidad y la luz e incluso la idea del carro existieron antes de ser descubiertos. No son creaciones, son también mímica, originada de la existencia y de los accidentes de los elementos naturales.

Y si continuamos lo suficiente llegamos a Voltaire que confronta a Nietzsche: “Es necesario inventar a Dios”, y “Dios está muerto”. Si los unimos, ése es el credo del siglo veinte: “Es necesario inventar un Dios que está muerto”.

¿Dónde se han originado las culturas?, en la fuerza de los entornos naturales. Usted construye de acuerdo con la topografía del lugar donde vive. Usted es lo que

come, etcétera; usted mistifica lo que ve, crea lo que necesita espiritualmente, un Dios para cada necesidad.

¿Si la religión no es una vida, si no es en sí misma pura imitación de un miedo que no se apacigua, entonces no es el buen hombre aquel que no necesita de nada? Y no me refiero a un hombre que no necesita un carro, o electricidad, o televisión o cualquier cosa que no ha sido inventada en el Caribe, sino un hombre que no necesita de nada en el sentido religioso, un hombre que confía en los elementos, que los habita, que toma su vida de ellos. Aún más, el hombre ideal no necesita la literatura, la religión, el arte o incluso a otro, porque idealmente son sólo él mismo y Dios. Lo que necesita lo hace, y lo que hace se hace más sutil en sus usos, dependiendo de la sutileza de sus necesidades o del incremento del confort. Esa búsqueda lo lleva más allá de su relación mística con el universo, disminuye el misterio, aleja la idea de una oración, de asombro, de necesidad espiritual, hasta preguntar, rodeado por su propia creación, “¿quién necesita a Dios?”

No, las culturas sólo pueden ser creadas del conocimiento de la nada, y en el sentido existencial más profundo, nosotros en el Caribe sabemos acerca de la nada. Sabemos que le debemos a Europa o la venganza o nada, y es mejor nada que venganza. Le debemos al pasado la venganza o nada, y la venganza no es creativa. Puede que ni siquiera necesitemos la literatura, no porque estemos más allá de ella, sino porque en el archipiélago en particular, la naturaleza, los elementos si se quiere, son tan nuevos, tan abrumadores que en su presencia el asombro es más profundo que la articulación del asombro. Nombrar es contradecir. El asombro de Dios o del universo es lo innombrable, y esto no tiene nada que ver con la educación. Es mejor para nosotros ser una raza de analfabetos que conservan este asombro que estar sin Dios, sin misterio. Un pigmeo es mejor que un ateo. La sofisticación es la sabiduría humana y nosotros que somos la escoria de esa vieja historia, somos sus víctimas, sus transeúntes. Sus desposeídos conocen lo que la sabiduría antigua trajo consigo. Lo que es llamado imitación o mímica es el doloroso, nuevo, difícil silencio que proviene de creer, no de dudar. El hombre votivo es silencioso, el cínico es articulado. Pregúntele a cualquier poeta qué preferiría, poesía o silencio, poesía o sabiduría, y le respondería sabiduría. Es su viaje a la auto-aniquilación, para empezar de nuevo.

La historia, enseñada como moralidad, es religión. La historia, enseñada como acción, es arte. Aquellos son los únicos usos que nosotros, burlados como personas sin historia, podemos hacer de ella. Porque no tenemos ninguna opción distinta a ver la historia como ficción o religión, entonces nuestro uso de ella será idiosincrático, personal, y por tanto, creativo. Todo esto está más allá de lo sociológico, incluso más allá de la valoración civilizada de nuestra empresa, más allá de la imitación. El hombre desposeído y desnudo, de alguna forma abusado, de alguna forma también libre de los abusos de las viejas creencias, instintivamente, incluso desesperadamente empieza

nuevamente como artesano. En la señal del gesto más ligero de ordenar el mundo alrededor de él, de perder su antiguo nombre y rebautizarse, en la ardua enunciación de un alfabeto disminuido, en la formación de herramientas, bolígrafo o espada, es el todo, el profundo suspiro del optimismo humano, aquello en lo que en el archipiélago aún creemos: el trabajo y la esperanza. Es desde aquí que el Nuevo Mundo o el Tercer Mundo debe empezar.

Por más teórico e idealista que suene, es nuestra labor como poetas reiterarlo. La amarga desesperación del escritor del Nuevo Mundo, como Naipaul, es también parte de esa impaciencia e irascibilidad frente a la mera repetición del error humano que asimilamos a la historia, y esa irascibilidad es también una creencia en la posibilidad. El Nuevo Mundo se originó de la hipocresía y el genocidio, así que no es una cuestión para nosotros de retornar al Edén o crear una Utopía; fuera de los sórdidos y degradantes comienzos de las Indias Occidentales, solamente podemos ir más allá en decadencia y arrepentimiento. Los poetas y satíricos están afectados por la estupidez superior que cree que las sociedades pueden ser renovadas, y uno de los más fértiles sitios para tal renovación, por más visionario que parezca, es el archipiélago americano.